

LADRÓN, ESPÍA Y ASESINO

YURI BUIDA

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE YULIA DOBROVÓLSKAYA Y JOSE MARÍA MUÑOZ
ROVIRA



TÍTULO ORIGINAL: Вор, шпион и убийца

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.
Avda. Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright: Yuri Buida, all rights reserved.
© de la traducción, Yulia Dobrovolskaya y Jose María Muñoz Rovira, 2025
© de la presente edición, Automática Editorial S.L. 2025
© de la ilustración de cubierta, Iban Barrenetxea, 2025

Publicado con el acuerdo de Elkost International Literary Agency.
Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.

Publicado con la colaboración del Instituto para la Traducción Literaria, Rusia/
Published with the support of the Institute for Literary Translation, Russia



AD VERBUM

ISBN: 978-84-10141-21-6
DEPÓSITO LEGAL: M-25980-2025

Composición: Automática Editorial
Corrección y revisión: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: noviembre de 2025

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

ÍNDICE

NOTA A LOS LECTORES – 7

CAPÍTULO 1. 5040– 15

CAPÍTULO 2. LA SÉPTIMA – 43

CAPÍTULO 3. LOS TRILLARDOS DE LIARDOS – 67

CAPÍTULO 4. CERDOS, SERPIENTES Y ESTRELLAS – 97

CAPÍTULO 5. ENTREVIVIENDO – 133

CAPÍTULO 6. MAL'ARIA – 177

CAPÍTULO 7. LAS FORMAS DEL MOVIMIENTO – 221

CAPÍTULO 8. EL UNICORNIO – 257

A MODO DE EPÍLOGO. EL REJIÑOL – 301

NOTA A LOS LECTORES
A MODO DE PRÓLOGO

YURI BUIDA

«La historia nunca se apacigua y su avance hacia el bien siempre transcurre por el peor camino posible».

Unas palabras sobre este libro para mis lectores en español.

En la fábrica de papel, mi padre se encargaba de la recepción y el envío de mercancías, efectuados en su mayoría por ferrocarril. Una pared de su despacho la ocupaba el mapa de la red ferroviaria de la URSS: 22,2 millones de kilómetros cuadrados de superficie terrestre cubiertos completamente por una red negra cuya longitud total sumaba 147 000 kilómetros. Me gustaba imaginar cómo por aquellos raíles negros corrían a toda velocidad, de día y de noche, atravesando el calor y el frío, miles de trenes transportando a gente, máquinas, caballos, tanques, carbón, cereales y, en definitiva, la felicidad mundial...

Mi padre adoraba los ferrocarriles. Amaba con locura aquel sistema fascinante que fundía en un todo unitario a millones de rusos y ucranianos, tártaros y lituanos, yacutos y turkmenios; un sistema que estaba por encima de las razas y las religiones y se caracterizaba por una fiabilidad increíble sumada a la exactitud y la durabilidad. A veces tenía la sensación de que en la concepción del mundo de mi padre los ferrocarriles ocupaban el lugar de una especie de Dios eterno, antes justo que misericordioso. A millones de hombres soviéticos les parecía que la organización de su existencia sometida

a aquel Dios inconcebible era irrevocable *et nunc, et semper, et in saecula saeculorum*. Amén.

Creo que la sensación de la inmutabilidad de la existencia era especialmente fuerte en los rincones perdidos del imperio, donde la vida parecía inmóvil. Uno de esos rincones era la región de Kaliningrado, una parte de Prusia Oriental que, tras la Segunda Guerra Mundial, según el acuerdo con Estados Unidos y el Reino Unido, se transfirió a la URSS. La población autóctona —alemana— fue deportada a Alemania, y ocuparon su lugar los rusos, los bielorrusos, los ucranianos, los buratios, los erzias, los mari, los chuvasios. Mis padres formaban parte de estos últimos. Centenares de colonos vivían repartidos entre ciudades y pueblos donde no había ni un solo templo, ni una sola mezquita, ni una sola sinagoga: los jefes decían con orgullo que la región de Kaliningrado era la zona libre de religiones por excelencia de toda la Unión Soviética. También se ha de mencionar que, a finales de los años ochenta, los mismos jefes, en estrecha colaboración con el arzobispo de Smolensk, Cirilo (el actual patriarca de Moscú y de todas las Rusias), siguiendo órdenes de Gorbachov, organizaron un «segundo bautismo del Rus en un territorio particular» inaugurando decenas de templos ortodoxos en toda la región.

Evidentemente, la inmutabilidad de la vida provinciana es tan solo un espejismo.

Como decía un maestro que tuve en el colegio: «La historia nunca se apacigua y su avance hacia el bien siempre transcurre por el peor camino posible».

Los procesos tectónicos en las profundidades de la vida soviética, a veces imperceptibles, aunque más a menudo ignorados adrede, pasados unos cinco o siete años de la muerte de Brézhnev en 1982 no solo se hicieron evidentes, sino determinantes para la vida de aquel país enorme. El carácter

ondulante de la historia rusa se mostró a lo grande: lo que apenas ayer parecía perenne, hoy se caía a pedazos y era objeto de escarnio.

Aquellos años estuve trabajando en un periódico regional que, como todos los medios, pertenecía al Partido. Cada día me relacionaba con multitud de personas, tanto de las «altas esferas» como de las «capas más bajas» y cada día recibían miles de cartas a nuestra redacción: se había abierto el pozo y desde el caos llegaban las voces de aquellos que durante décadas habían callado. Era fascinante. Todos los vetos se desplomaban a una velocidad de vértigo. Todos, o casi todos, vivían con la sensación de que ahora, por fin, Rusia iría por los caminos óptimos hacia un bien inequívoco.

En *Ladrón, espía y asesino* ofrezco una especie de crónica bastante detallada de cómo mis sueños de ser escritor se convirtieron, de manera imperceptible y paulatina, en una obsesión. Hacia finales de los ochenta lo asumí y, puesto que en un país tan sobradamente centralizado como la Rusia de la época un aspirante a escritor solo podía lograr su meta en Moscú, en 1991 me mudé con mi familia a la capital. Apenas un año, ni eso, medio año antes, nadie (empezando por mí) habría pensado ni por asomo que un funcionario de alto nivel del Partido Comunista pudiera así, sin más, solo avisando a su superior, irse de Kaliningrado. Y de pronto devino algo trivial: dicho y hecho. Todos (ahora sí, todos) comprendían, o por lo menos sentían que, de un momento a otro, la bombilla se apagaría y que ya era hora de buscar un nuevo interruptor, una nueva fuente de luz, o incluso, un nuevo sol.

La fuerza de aquella ola histórica era insuperable. En agosto de 1991 hasta los ciegos lo veían. Hasta yo lo vi. Tuvieron que pasar diez años para que me acordase de las palabras de mi maestro: «La historia nunca se apacigua y su avance

hacia el bien siempre transcurre por el peor camino posible». Y, en efecto, en la Rusia de los años noventa del siglo xx las cosas empeoraron para millones de personas (al tiempo que otros miles vivían su mejor época). Necesité otros diez años para que esta idea se asentara en mi cabeza, para asimilarla y, cuando por fin la superé, me puse a escribir este libro.

Yuri Buida

Septiembre de 2025

LADRÓN, ESPÍA Y ASESINO

YURI BUIDA

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE YULIA DOBROVÓLSKAYA Y JOSE MARÍA MUÑOZ
ROVIRA



«Simplemente lo que soy me hará vivir».¹

William Shakespeare

¹ «*Simply the thing I am shall make me live*». William Shakespeare. *All's Well That Ends Well*. (*Bien está todo lo que bien acaba*. Traducción de Jose María Valverde).

CAPÍTULO 1. 5040

El cubo situado en un rincón de la cocina inició su jornada. El primero en acercarse fue mi padre, su chorro golpeó el zinc del culo del cubo con un tintineo estridente. La segunda fue mi madre. Gemía ligeramente: tras el reciente parto le dolían las lumbares, a los treinta y ocho —que no es moco de pavo— había dado a luz a mi hermana pequeña. La tercera en acomodarse sobre el cubo fue Nila, la niñera, una chiquilla joven y risueña, originaria de una aldea cercana, que orinaba con los ojos cerrados para que nadie la viese. Al terminar de orinar, cada uno llenaba un pequeño cazo con ceniza que había en un tonel y lo vertía en el cubo.

El cubo se usaba por las noches o bien en mañanas como aquella: frías y negras; de día, los adultos acudían a la letrina exterior. La letrina era una caseta de madera dividida en dos compartimentos, para hombres y para mujeres; llegar a ella suponía superar un sendero lodoso que iba entre los cobertizos.

A mí se me permitía usar el beque. Bueno, en general nadie me obligaba, era libre de quedarme en casa y dormir hasta hartarme. Pero no aquel día. No un día como aquel. El día de la manifestación. Mis padres me llevaban a la manifestación

de los trabajadores en honor del Gran Octubre, el aniversario de la revolución. La revolución es un hecho heroico, por tanto, la manifestación también lo es. Así que, armándome de valor, puse mi trasero flaco y desnudo sobre el frío beque metálico.

Mi padre encendió la estufa de la cocina, luego la de la habitación, cogió el quinqué y se fue al cobertizo a alimentar al ganado, es decir, al puerco, las gallinas y los conejos.

Pronto se oyó el ruido de la tetera, la casa se llenó de olor a albóndigas, a plancha, a tela chamuscada; en el aire se percibía júbilo y excitación.

Al otro lado de la ventana, el día despuntaba poco a poco.

Justo cuando mi madre —el pelo aún enrollado en los bigudíes, los ojos, empero, ya delineados con el lápiz negro— llamó a la mesa, sonó la Chimenea.

El pueblo vivía al compás de la Chimenea de la fábrica de papel. La fábrica de harinas y la de margarina se unían a ella, pero sus voces, claro está, palidecían en comparación con el bajo poderoso de la Chimenea principal, un cono ideal de ochenta metros de altura construido con ladrillo rojo, visible desde cualquier rincón. La fábrica no paraba ni de día ni de noche; cada ocho horas la Chimenea convocaba a nuevas tandas de técnicos y operarios de las máquinas de papel, calandrades, mozos de carga, electricistas, controladores, administrativos, ingenieros, carpinteros y vigilantes de seguridad. No obstante, ahora reclamaba a todos aquellos que no tenían que ir a trabajar, los convocaba a la manifestación, a un acto heroico.

Nuestra casa estaba a unos diez minutos a pie de la fábrica, íbamos bien de tiempo.

Acabado el desayuno, la niñera se ocupó de la vajilla sucia, mi madre, de los rulos, y mi padre, del afeitado. Los domingos iba a la barbería, donde el barrigudo judío León afeitaba a los clientes a la vieja usanza: por diez kopeks con el dedo y, por

quince, con un pepino. O sea, le metía al cliente un dedo en la boca para tensar la mejilla y conseguir un afeitado limpio y perfecto, y, siempre y cuando el cliente estuviera dispuesto a rascarse el bolsillo, en lugar del dedo, Leo usaba el pepino. Mi padre se afeitaba con el pepino. Los días laborales, evidentemente, se afeitaba en casa.

Mi padre colocó el espejo sobre el alféizar, puso un cachito de alumbre encima del platillo, en un vaso de latón batió la espuma de jabón y se puso a suavizar su navaja barbera, botín de guerra, contra el asentador bien tensado; por encima del hombro me soltó: «Tres veces». Me hacían orinar al menos tres veces antes de salir para no tener que escaparme a los arbustos durante la marcha solemne.

Mi madre extrajo del armario un cofre con las condecoraciones de mi padre y me miró en silencio. Asentí con la cabeza: que sí, que sí. Podía jurarle que todas las órdenes y medallas de mi padre estaban en su sitio.

Jugando a la guerra los chicos se ponían las condecoraciones de sus padres y en ocasiones las perdían. Por supuesto nos castigaban por ello, aunque sin mucho celo: en aquellos años los adultos trataban de olvidar la guerra, de vivir mirando hacia el futuro, y no daban a sus insignias militares tanta importancia como en la época tardía de Brézhnev. Nuestra pandilla contaba también con chapas alemanas: aquellas cruces y medallas que encontrábamos en los desvanes, entre las ruinas o bien desenterrábamos en los huertos. Se las colgaban quienes jugaban con el «bando alemán».

Mi padre se puso la chaqueta, se irguió; mi madre se subió a una peana bajita y comenzó a colocar las condecoraciones en estricta concordancia con lo prescrito en la ordenanza n.º 240 del 21 de junio de 1943: «Sobre la normativa de exhibición de órdenes, medallas, cintas, galones y distinciones honoríficas por parte de los combatientes del Ejército rojo»:

a la izquierda, la Orden de la Bandera Roja y la Medalla al Valor; a la derecha, la Orden de Alejandro Nevski. Mi padre se sabía de memoria aquella ordenanza y no podía ni ver las películas en las que los oficiales y soldados se lanzaban al ataque luciendo las condecoraciones en sus pechos, lo cual estaba prohibido: «Con el uniforme de campaña las chapas solo se ponían en las fiestas nacionales, y antes del combate se entregaban al sargento bajo firma».

Mi madre mascullaba: «Con la misma chaqueta a todas partes, habría que comprar o encargar al sastre una más, ¡que ya toca!... Bueno, creo que ahora todo está donde es debido...».

Mi padre movió los hombros y abrazó a su mujer para bajarla de la peana.

La niñera apretó sus manos rollizas contra su busto exuberante y susurró: «Pero qué caballero...».

Mi padre le dio un pescozón.

Por fin salimos al patio, donde ya se habían reunido los vecinos.

Nuestro vecino más cercano era Dobrobabin, un viejo hercúleo, de barba plateada, caballero de la Orden de las Cuatro Cruces de San Jorge² y de las tres Órdenes de la Gloria que se otorgaban a los soldados. Era un carpintero de primera y un mujeriego. Decían que una vez encerró a un cliente en un ataúd para que «fuera cogiendo el tranquillo» y, mientras aquel cogía el tranquillo, se dio un revolcón de tal calibre con la señora de la casa que ella le encargó otro ataúd: para el siguiente marido. Las mujeres, con una sonrisa maliciosa, llamaban al viejo el Caballero.

El viejo se inclinó para saludar a Kristina, la mujer de Vitia Kólesov, una polaca de Vilna, a la que el vecindario llamaba

² La Orden de San Jorge era la condecoración con la que el Imperio ruso recompensaba a los rangos inferiores. Fue abolida durante la época soviética.

*pani*³ Krisia, y a sus espaldas, Krysa la Sombre-rata, pese a que era una señora muy tratable, además de la economista jefe de la fábrica de papel, y a la que todas las mujeres le envidiaban los sombreros.

Yo me lancé directamente hacia mi coetáneo Zhenia Nésterov. Nos llamaban hermanos de leche: cuando mi madre se quedó sin leche, tía Lida, la madre de Zhenia, compartió conmigo la suya. Era una mujer enorme y bondadosa, a veces nos mimaba ofreciéndonos miel con pepinos, y otras, leche agria con pan. Un día, su hija mayor, Nastiona, de catorce años, que heredó de su madre su porte vigoroso, nos atrajo a Zhenia y a mí hacia los arbustos detrás de la letrina y nos dio permiso para que lamiéramos sus pechos fríos.

El marido de tía Lida trabajaba como calandrador; era un hombre manso y fuerte: una vez ganó una apuesta al arrancar de un tronco un clavo oxidado y grueso con sus propios dientes.

En la planta de encima de los Nésterov vivían los Baikálov. Del despreocupado Lioja Baikálov decían los vecinos que «vivía a todo trapo». Durante la guerra comandaba una lancha torpedera y ahora era el mecánico jefe de la fábrica. Lioja siempre llevaba camiseta de marino a rayas y gorra de patrón con un cangrejo⁴ dorado, sabía beber vodka por la narina izquierda y cada dos por tres reñía con la parienta, Zina, una pelirroja canija y patituerta que barruntaba que su marido se acostaba con todas las mujeres que se le ponían a tiro.

La lista de sospechosas la encabezaba Marina Perdischenko, a quien tanto grandes como chicos, y hasta la de la ventanilla de pagos, llamaban la Perdida. Zina la apodó la Reina de los Saucos.

3 Del polaco, «señora».

4 Mote popular que aludía a la forma del escudo de la URSS.